

documentos fotográficos, por desgracia valiosísimos por corresponder a obras de arte ya perdidas. Demuestra la minuciosidad en el manejo de fuentes pero también la profundidad crítica al analizar una tendencia artística sistemáticamente marginada por la historiografía anterior. Gallego Burín demostró que el XVIII escultórico español no era sólo Salzillo o los escultores borbónicos, y que una línea tradicional, continuadora de los grandes maestros del siglo anterior, era posible aún con algunos alientos creativos de calidad.

En su conjunto, los estudios presentados ahora en un solo volumen vienen a marcar las líneas de análisis esenciales de nuestra escultura barroca, superando el formalismo decimonónico para comprender un fenómeno de compleja naturaleza. En el debe de la edición quizás cupiera anotar la conveniencia de haber aclarado al inicio de cada estudio la referencia de la publicación original, así como el introducir un índice de los estudios contenidos, ya que la numeración del libro es correlativa. Detalles aparte, el lector gustará de la lucidez del análisis a la par que de su vibrante prosa, lírica y como plástica, muy a la altura de las obras de arte que aborda, e incluso del encanto de aquellos huecograbados en blanco y negro, tan fielmente reproducidos en esta edición facsímil. Creo, en suma, que la Universidad de Granada y Granada misma se homenajean justamente en la edición de este libro, que debe ayudar a profundizar en los perfiles del intelectual que fue su autor y a comprender mejor su entrega en pro del “alma” de su ciudad.

JUAN JESÚS LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ

Departamento de Historia del Arte y Música. Universidad de Granada.

ANA RUIZ GUTIÉRREZ. *Fray Alonso de Montúfar: Loja y la formación de la iglesia indiana*. Loja: Fundación Ibn al-Jatib de Estudios de Cooperación Cultural, 2007, 193 pp. y 19 ils. en b/n.

Con un lenguaje ameno y atendiendo el carácter divulgativo y de fomento cultural, que preconiza la institución responsable de esta edición, se presenta la más reciente publicación dedicada a la ilustre trayectoria del lojeño Fray Alonso de Montúfar en los territorios novohispanos durante la segunda mitad del siglo XVI. Para ello, su autora, la Dra. Ruiz Gutiérrez, desarrolló una fructífera labor de investigación durante un año, tanto en archivos españoles como en las principales instituciones de México, gracias a una de las becas concedidas por la Fundación Ibn al-Jatib de Loja en 2004.

El dominico Fray Alonso de Montúfar, designado segundo arzobispo de México (1554-1572), fue una de las figuras más determinantes en la formación de la naciente iglesia novohispana, tanto en la consolidación de la jerarquía eclesiástica secular como en la ferviente promoción del culto a la Guadalupana y la determinación por erigir un nuevo y más digno templo catedralicio.

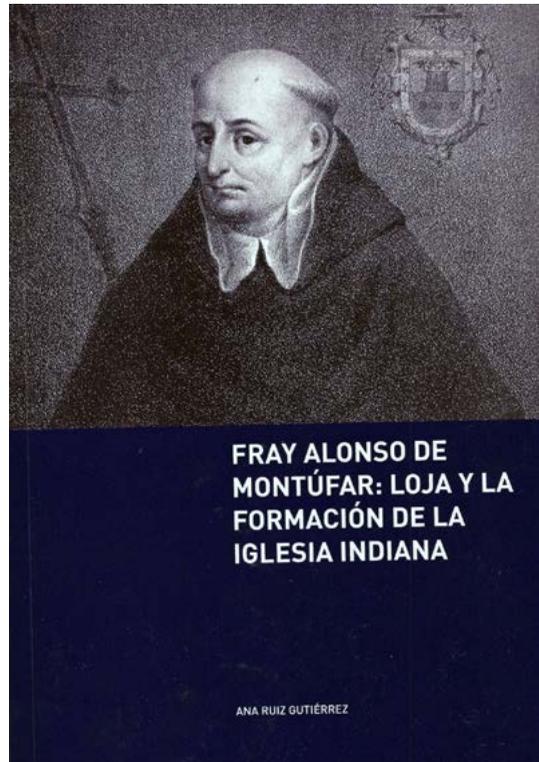
Tras una breve introducción, donde se anuncian las principales líneas de la investigación objeto de esta publicación, se desarrollan seis capítulos, de variable extensión, en los que se contextualiza la trayectoria vital de Fray Alonso de Montúfar, desde su nacimiento y formación inicial en el recién reconquistado reino de Granada hasta su traslado y fallecimiento en Nueva España y su esencial contribución a la iglesia mexicana. Un apéndice documental inédito, transcrito por la autora en el transcurso de su investigación, y una exhaustiva selección bibliográfica completan este elaborado trabajo de ensayo y síntesis, que profundiza en el estudio de una realidad

mexicana de la que la Dra. Ruiz Gutiérrez es gran conocedora, ya desde sus años de especialización doctoral.

Fray Alonso de Montúfar es, en palabras de la autora, “*uno de los grandes desconocidos de la historia americana, protagonista de uno de los capítulos más importantes de la iglesia, y sin duda merecedor de una mayor atención*”. Parte de ese desconocimiento procede de las incertidumbres que encierra una biografía incompleta, que esta publicación ha contribuido a mitigar, especialmente en lo concerniente a sus años de formación y labor eclesiástica previa a su traslado a América, así como en las noticias referentes a sus últimos años al frente de la iglesia mexicana y su muerte en la sede arzobispal. La Loja natal del arzobispo Montúfar, ejemplo de la tensa convivencia entre culturas y religiones en los años posteriores a la reconquista, así como los históricos episodios que rodearon la toma de Granada y la repoblación del reino nazarí influyeron, sin duda, en el joven Fray Alonso. Los dos primeros capítulos de esta publicación analizan, precisamente, esa vertiginosa transformación social, cultural y urbana que experimentaron estos municipios recién incorporados al reino castellano; seguido de los acontecimientos, a menudo imprecisos, que rodearon la vida del futuro arzobispo Montúfar, desde su ingreso en la Orden dominica en Granada en 1512, hasta su paso a las Indias en 1554.

El posterior arraigo del cristianismo y la organización de una incipiente iglesia en los territorios novohispanos serían incomprensibles sin un conocimiento previo de la realidad social y religiosa de un mundo prehispánico perfectamente asentado y jerarquizado hasta la conquista. Dichos antecedentes son puestos de manifiesto con admirable concisión por la Dra. Ruiz Gutiérrez como paso previo a la exposición del controvertido proceso de evangelización que, iniciado en los años subsiguientes, precedió a la creación del arzobispado de México en 1546. La inicial inserción de la religión cristiana, de la mano de los misioneros franciscanos, dominicos y agustinos, tuvo que hacer frente a una fuerte pervivencia de estructuras y creencias que, en gran medida, marcaron el devenir posterior de la iglesia indiana.

El grueso de la investigación desarrollada por la autora se centra en los dos últimos capítulos de la presente publicación. En ellos se acomete el estudio de las principales líneas de actuación que marcaron la labor de Fray Alonso de Montúfar durante su arzobispado. El conflicto entre clero regular y clero secular, latente ya en los primeros años de la evangelización americana, adquiere un carácter más virulento tras la fundación de los tres arzobispados indianos por el Papa Paulo III en 1546. Esta confrontación se agudizó con la llegada de Montúfar a Nueva España, y quedó manifiesta tanto durante la celebración de los dos primeros concilios provinciales mexicanos, como con la polémica que suscitó la propuesta de imposición de los diezmos eclesiásticos entre



la población indígena. La convocatoria de dichos concilios, auspiciados por el arzobispo Montúfar, sentó las bases para la definición de una iglesia mexicana con identidad propia, en la que la jerarquía episcopal quedaba consolidada como principal órgano de administración eclesial, siempre bajo la atenta supervisión de la monarquía. Ambos concilios delimitaron las líneas de actuación del clero e incidieron en numerosos aspectos relativos a la evangelización y adoctrinamiento de la población indígena. Las repercusiones del coetáneo Concilio de Trento también alcanzaron eco en los territorios novohispanos, confirmándose numerosas de sus disposiciones durante la celebración del segundo concilio provincial mexicano (1565).

Un capítulo más de ese desencuentro entre las órdenes regulares y la jerarquía episcopal, expuesto por la autora seguidamente, lo conformó el proceso abierto para la recaudación del diezmo entre los indígenas. En este punto, sin embargo, las pretensiones de Montúfar y otros obispos mexicanos chocaron con la tenaz resistencia de los frailes, refrendados en sus posiciones por las decisiones del Consejo de Indias en contra de su aplicación a los indígenas.

La regulación de la iconografía religiosa, que promovía el Concilio de Trento, se trasladó al continente americano, en un intento por prevenir cualquier asomo de renovación reformista, al tiempo que consolidaba el culto cristiano sobre cualquier pervivencia religiosa prehispánica. En este sentido, la promoción del recién fundado culto a la Virgen de Guadalupe en el Cerro del Tepeyac, sobre el precedente a la diosa Tonantzin; o la edificación de la santa iglesia catedral sobre las ruinas del templo mayor azteca, contribuyeron también a asentar aquella política religiosa de superposición de la simbología cristiana sobre los cultos indígenas precedentes.

Con el último epígrafe de esta publicación, que antecede a los apéndices finales, la Dra. Ruiz Gutiérrez incide en estos aspectos devocionales, estrechamente vinculados con la obra de Fray Alonso de Montúfar, y en su condición de promotor de las artes. Su fallecimiento en 1572, privó a la mitra mexicana de una figura enérgica y comprometida, de quien se decía, entre otros aspectos, fue prelado “*solicito y diligente, castigador y reprendedor de vicios, exhortador de santas costumbres, humilde en pedir parecer a los buenos y doctos, [...] celoso del servicio y honra de Dios y de V. M., prudente mano y caritativo para con todos*”. Su arzobispado significó un punto de inflexión en la configuración de la iglesia indiana, algo que la Dra. Ruiz Gutiérrez, consideramos, ha transmitido con acierto y eficacia en su investigación y posterior publicación, contribuyendo con ello a profundizar en el conocimiento más preciso de este lojeño, protagonista de uno de los grandes capítulos de la historia americana.

LUIS J. GORDO PELÁEZ

Departamento de Historia del Arte II. Universidad Complutense de Madrid.